

26 Set. 1943

Amadísimos fieles

Aquel equilibrio, aquel mundo ideal y justo que espontáneamente había de surgir del ejercicio de la libertad no solamente tardaba en aparecer sino que cada vez se veía más lejos su posibilidad. Las constituciones garantizaban todos los derechos individuales, se hablará de la intangibilidad y de la inviolabilidad del individuo, se hablará de su sagrada libertad... pero maldita la gracia que hace esa libertad y esa intangibilidad y esas garantías del papel a aquellas masas a las que se ha arrebatado la fé y a quienes se les niega lo más indispensable para poder comer, vestirse o atender a su familia. Las masas depauperadas y famélicas que a sus ojos contemplan el derroche de bienes y de riqueza de que hacen alarde el grupo de privilegiados, practicamente ven que hay que luchar para obtener una simple mejora en sus sueldos, para conseguir unas condiciones de trabajo más ventajosas. Dejan de creer en la buena voluntad y en los sentimientos de justicia de sus patronos y confían el programa de sus reivindicaciones a la fuerza y por la fuerza que se traducirá en esa serie de revoluciones que se van sucediendo en el transcurso de los días todos hasta hoy. Ese espíritu de violencia y de la fuerza ha saturado de tal forma el ambiente que se no hace muy difícil poder comprender la misma actitud de la Iglesia que teniendo que condenar por una parte tales injusticias que se están cometiendo en el mundo obrero, sin embargo para no contradecirse con sus principios tiene que aconsejar moderación. Es que les parece a muchos que ella misma se encierra de parte de los privilegiados porque en ella no acaban de ver esas actitudes violentas. Es que también ella habrá dejado de sentir aquella agustia de las masas que vemos que sentía León XIII cuando levanta la bandera de la justicia inculcando a los ricos sus deberes de justicia y caridad y reclamando la acción del estado que no quería entonces inmiscuirse en estos asuntos?

Este espíritu de violencia que se provocó primeramente en esas masas abandonadas y desesperadas durante nuestro siglo ha llegado a todas las esferas de la actividad humana: en el campo político ha conducido a los estados a una lucha sin precedentes cuyo desenlace estamos anhelando todos. Al término de todo ella volverá a ocurrir aquello que ocurrió al final del siglo pasado con el mito de la libertad a cuya presencia mágica se esperaban los días felices y prósperos, repito volverá a ocurrir ahora otro tanto con la fuerza y la violencia, de manera que los hombres después de estos destrozados quedan defraudados de estos sistemas y vuelvan a encontrar otras fórmulas de salvación? No se puede predecir lo que ocurrirá en el orden político, pero lo que podemos esperar es que en el campo social la paz de los ánimos no ha de producirse mientras se conserven estas distancias, este abismo entre los privilegiados y la masa. Sos distancias y son abismo que no se puede pensar en salvar con puentes sino que han de allanarse con un reparto más equitativo de los bienes, haciendo como dice, el Papa Pío XII en aquel magnífico discurso conmemorativo de la publicación de la Cuadragésima Año que todos participé en el banquete de la vida, en las ventajas de los adelantos y del progreso más equitativamente. La tirantez y la violencia han de subsistir, mejor dicho cada día han de renovarse e inflarse sin que nadie pueda contenerlo ni remediarlo mientras no se abran los corazones y las manos. Por donde hemos de comenzar? Han de abrirse las manos para llenar esos abismos de diferencia y han de abrirse los corazones para reemplazar el odio acumulado de tanto tiempo para dar lugar al amor. Desprendimiento, generosidad que es más que justicia en unos y en otros amor, amor que es polo opuesto de lo odio, amor que es plenitud de la ley. Esa es la enseñanza de la Iglesia. Y la Iglesia que predica amor, como queréis que no la practique con unos y otros dispensando el perdón generoso, cómo queréis que ella no sea lo que es? Se de otra forma, conducirse de otra forma a como se conduce sería para ella contradecirse. Ella ha de predicar primero con el ejemplo lo que después ha de enseñar con la palabra. No tienen sentido pues esas acusaciones que se lanzan contra ella cuando se dice qué hace ella que no extermina o lanza o arrebató de sus templos a quienes están faltando, qué hace ella que prodiga su perdón lo mismo a unos que a otros. Su misión en esto es enseñar y practicar. Enseñar el camino del amor y no de la violencia y practicar por consiguiente el postulado del amor y no de la violencia. Ella ha enseñado y enseña lo mismo en el siglo pasado que en el actual. Que el mundo no ha escuchado su voz, que ~~la Iglesia~~ el mundo cristiano incluso que se ha hecho, sordo a sus enseñanzas...? Podrá por ello argüirse algo contra ella? Podrá decirse que la Iglesia no ha hecho nada? Podrá decirse que la salvación por ello ha de buscarse en otra cosa?

La salvación no la hemos de buscar en otro sitio ni de otra forma a como enseña ella. La salvación no la hemos de encontrar por el camino de la violencia y de la fuerza... que quien a hierro mata a hierro muere dice el refrán, que por el camino de la violencia no se ha de allanar el abismo sino ahondarlo más y más. Lo que a lo sumo pasará será variar el bastón de posición, de forma que la montera haga de mango y el mango de montera.

El gran deber de la hora presente que no es de lamentos, es el de obedecer a la Iglesia, hacernos eco de sus mandatos. Y como nos suponemos que todos los que están aquí se consideran ligados con ella por los vínculos de la fe que les enseña que sus Jerarquías han recibido de Dios el poder de regir y de gobernar y de enseñar, vamos a tratar de este punto de la obediencia que se debe a la Iglesia